

# EL LIBERAL

PATRIA Y REPUBLICA—MORALIDAD Y JUSTICIA

Unión republicana.—Federación Ibérica.—Procedimiento revolucionario.—Cortes Constituyentes.—Respeto a la legalidad republicana

AÑO I.—NUM. 204

TODA LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRÁ EN ESTA FORMA  
EMILIO PRIETO Y VILLARREAL  
CAPELLANES, 1.º segundo.—SABRID

Domingo 22 Octubre 1893

## POR LA IDEA

### ALGO ES ALGO

Por fin... se ha roto el fuego en África. El Conde de Venadito, con su potente artillería, ha roto el silencio que nos avergonzaba; pero esto no basta. Puede servir lo hecho de calmante a los ánimos excitados, y... nada más. En cuanto a los moros, se habrán convenido de que nuestra artillería tiene mucho alcance. La cuestión pendiente está en pie: el problema sigue planteado en los mismos términos, y como lo hecho nos parece insuficiente, declinamos hoy lo que venimos diciendo hace muchos días. Hasta cuando el Gobierno, que dispone de la fuerza, va a tener los desmanes de las salvajes tribus? A dónde nos conduce con su imposibilidad el ministro de la Guerra? Es acaso que el fuego patriótico, que con vigoroso empuje anima a los ciudadanos españoles, no llega a las elevadas esferas del Poder? Los momentos críticos que atravesamos no pueden admitir espera ni dilación de ninguna clase; cada día que pasa sin vengar la ofensa infligida a la bandera de la Patria es un nuevo motivo de censura para el Gobierno, que no ha dispuesto todavía lo necesario para que la reparación al agravio sea completa. ¿Qué espera el Sr. López Domínguez? ¿Es que tan poco le interesa la honra nacional que no procura vengar la ofensa que ha sufrido? Nosotros habíamos creído que los fusionistas; aparte de sus muchos vicios y defectos, eran patriotas, que por algo son también españoles, pero su inalienable conducta nos va demostrando ya que tampoco el sentimiento del patriotismo existe en su atrofiado corazón. Los placeres del Poder les ha hecho olvidar su origen, la historia de su Patria, todo lo que de más digno y elevado existe en la personalidad humana, y hanse convertido, por virtud de la escandalosa y continua crápula política en que viven, en explotadores automáticos del pueblo que indignamente gobiernan. No puede darse degradación mayor en un Gobierno; conducta más inícuca; actitud más torpe. Ni los moros de África tolerarían resignados gobernantes de la índole de los que nosotros padecemos. Preferible mil veces sería vivir en Frana o Mazusa a tener que sufrir las ridículas imposiciones de políticos que todo lo sacrifican, hasta el interés supremo de la Patria, en aras del bienestar de sus particulares personalidades. Hoy ya el verdadero patriotismo no debe dirigir sus energías a Melilla, sino hacia los ministerios, para arrojar de sus poltronas a los consejeros de la Corona, que no satisfacen las aspiraciones justísimas de la opinión en cuestión tan grave como la que nos ocupa. Porque si ahora no crea el Gobierno conveniente dirigir sus instintos belicosos a Melilla, ¿cómo lo va a hacer? ¿Qué ofensa considerarán suficiente estos frios gobernantes para enviar suficientes refuerzos a África a vengar tales agravios? ¿Hasta cuándo va a continuar la explosión del patriotismo nacional, que ávido de vengarse, puede a duras penas reprimir? Un pueblo civilizado no puede abandonar su honor en manos de políticos de oficio, que poco ó nada entienden de estas cosas de honra nacional.

Y cuando a tal extremo llegan los Gobiernos en su gestión política y los ciudadanos en sus patrióticas manifestaciones, parécenos que los términos medios y los paliativos están demasados, y que el momento de los extremos y oníricas soluciones ha llegado. No nos hacemos así, nos exponeríamos a sufrir la nota de cobardes, que jamás hemos tenido, porque la conducta torpe del Gobierno autoriza a los demás Estados para calificarnos en tal forma. Supóngase si el cañoneo de nuestro buque de guerra ha alejado a los moros de nuestro campo.

Segundo golpe: «En el Hospital provincial, en el Hospicio y el Asilo de la capital, no comerán los acogidos pan, á no ser por la caridad de algunas personas.» Una buena página para la historia de la regecía, cantada por D. Emilio Castelar. Con música de Abarzuza. Leemos: «En Castellón llama poderosamente la atención que se dejan pregonar por las calles telegramas alarmantes de procedencia desconocida, sobre los sucesos de Melilla, desviando la opinión y desfigurando los hechos.» ¡Cielos! ¡Estaré á la patilla en Castellón!

La próxima batalla  
Al Excmo. Sr. D. José Sánchez Bragana. El artículo que con este mismo epígrafe publicó V. E. en el número de *El Liberal* correspondiente al 21 de este mes, ha llamado la atención, no tan sólo porque el asunto á que se refiere está tratado con gran lucidez, sino porque, al fin y al cabo, son muy pocos los generales que se atreven á exponer á la luz del día sus opiniones sobre las cosas del oficio. Yo le meditado mucho sobre lo que V. E. dice, y como me ha sabido á poco, calculo que le quedará mucho que decir, y quisiera estimularle á decirlo todo. Conste, por lo tanto, que el deseo de aprender disculpa mi osadía. Y no os quepa la idea de atreverme á echar mi cuarto á espaldas en materia tan grave! Dice V. E. que el movimiento de protesta enérgica contra la indigna agresión de los riffeños está perfectamente justificado, y es una prueba más de la virilidad que conserva nuestra Patria cuando defiende su dignidad ultrajada, con lo que estoy conforme. Agradezco después que nuestra acometida á los moros en sus trincheras, que de seguro nos esperarán en ellas, debe ser preparada con meditación y ánimo sereno, dado el modo irregular de combatir de los riffeños, deduciendo de esto que las impetuadas nacidas de un sentimiento ardiente de patriotismo, deben tener presente que el éxito de las batallas depende con frecuencia de la preparación ordenada y combinada de las fuerzas que han de darlas. Aquel que á V. E. que me permita hacer algunas observaciones. Con meditación y ánimo sereno deben acometerse siempre todas las empresas de la vida, pero V. E. sabe muy bien que los militares exigen en todos los casos rapidez para discurrir, resolver y ejecutar. Es evidente que en los lances imprevistos de la guerra—y voy á admitir por un momento que de tal modo pueda calificarse el del día 2—no hay más que un recurso: el que aconseje el propio espíritu y honor para dejar bien puesto el de las armas. Y esto es lo ocurrido cuando, después de destacar á larga distancia cuarenta hombres mal resguardados por el terreno, y no defendidos por las obras comenzadas, fue necesario emprender un sangriento combate para evitar el horror y el escándalo de que fueran pasados á cuchillo por cinco ó seis mil salvajes resueltos á todo. Pero después, la meditación que V. E. invoca se ha convertido en parsimoniosa, y aquí me permito á V. E. que me separe, más de su opinión y de la del Gobierno; porque una de las cosas

Con Angulo y con Aguilera, apreciable colega. Tan bueno es Enero como Febrero. Y sobre todo, en lo que respecta á los Consumos.

Nos dice *La Unión Católica*: «A EL LIBERAL no le agrada nuestra campaña contra los libros perniciosos del Sr. Oalleja. Lo comprendamos. En España nunca hubiera habido descreídos y revolucionarios si no hubiese habido antes libros que los formaran.» A nosotros nos tiene sin cuidado esa campaña. Y todas las que haga el católico diario. A lo único que tememos es á las honradas masas. Y esas han venido ya muy á menos.

Cortamos de un colega de la noche, hablando de las elecciones municipales: «Un colega de la mañana refleja la idea de que las candidaturas liberales las formen hombres de reconocida posición social, aunque no se hayan distinguido por sus servicios al partido y por su significación dentro del mismo.» Vamos, sí. Lo mismo que hicieron cuando las elecciones de diputados á Cortes. Y las perdieron.

Decididamente el ministro de Ultramar es el hombre de las frases. Después de aquella del granizo que se teje en las altas capas de la atmósfera, ayer, al entrar en Consejo, ha soltado la siguiente: «De la poca importancia de los expedientes que ha llevado el Sr. Maura, nos ha dado idea calificándolos de expedientuchos.» ¿Expedientuchos? ¡Caramba con el ministrucho!

Lo que ocurre en Valencia es magnífico, según dice un periódico tan ministerial como *El Correo*. Primer golpe: «Muchos maestros de la provincia de Valencia han pedido permiso al gobernador para cerrar las escuelas y pedir limosna, puesto que hace más de dos años que no cobran sus haberes.»

Ya cambio, en Madrid se van á abrir dos nuevos frontones. Y los presidios están repletos de criminales. Pues sabida es aquella frase: cada escuela que se abre es un presidio que se cierra. Cuya oración hay que volver ahora por país.

Segundo golpe: «En el Hospital provincial, en el Hospicio y el Asilo de la capital, no comerán los acogidos pan, á no ser por la caridad de algunas personas.»

Una buena página para la historia de la regecía, cantada por D. Emilio Castelar. Con música de Abarzuza.

Leemos: «En Castellón llama poderosamente la atención que se dejan pregonar por las calles telegramas alarmantes de procedencia desconocida, sobre los sucesos de Melilla, desviando la opinión y desfigurando los hechos.»

¡Cielos! ¡Estaré á la patilla en Castellón!

La próxima batalla

Al Excmo. Sr. D. José Sánchez Bragana. El artículo que con este mismo epígrafe publicó V. E. en el número de *El Liberal* correspondiente al 21 de este mes, ha llamado la atención, no tan sólo porque el asunto á que se refiere está tratado con gran lucidez, sino porque, al fin y al cabo, son muy pocos los generales que se atreven á exponer á la luz del día sus opiniones sobre las cosas del oficio.

Yo le meditado mucho sobre lo que V. E. dice, y como me ha sabido á poco, calculo que le quedará mucho que decir, y quisiera estimularle á decirlo todo.

Conste, por lo tanto, que el deseo de aprender disculpa mi osadía. Y no os quepa la idea de atreverme á echar mi cuarto á espaldas en materia tan grave!

Dice V. E. que el movimiento de protesta enérgica contra la indigna agresión de los riffeños está perfectamente justificado, y es una prueba más de la virilidad que conserva nuestra Patria cuando defiende su dignidad ultrajada, con lo que estoy conforme.

Agradezco después que nuestra acometida á los moros en sus trincheras, que de seguro nos esperarán en ellas, debe ser preparada con meditación y ánimo sereno, dado el modo irregular de combatir de los riffeños, deduciendo de esto que las impetuadas nacidas de un sentimiento ardiente de patriotismo, deben tener presente que el éxito de las batallas depende con frecuencia de la preparación ordenada y combinada de las fuerzas que han de darlas.

Aquel que á V. E. que me permita hacer algunas observaciones. Con meditación y ánimo sereno deben acometerse siempre todas las empresas de la vida, pero V. E. sabe muy bien que los militares exigen en todos los casos rapidez para discurrir, resolver y ejecutar.

Es evidente que en los lances imprevistos de la guerra—y voy á admitir por un momento que de tal modo pueda calificarse el del día 2—no hay más que un recurso: el que aconseje el propio espíritu y honor para dejar bien puesto el de las armas.

Y esto es lo ocurrido cuando, después de destacar á larga distancia cuarenta hombres mal resguardados por el terreno, y no defendidos por las obras comenzadas, fue necesario emprender un sangriento combate para evitar el horror y el escándalo de que fueran pasados á cuchillo por cinco ó seis mil salvajes resueltos á todo.

Pero después, la meditación que V. E. invoca se ha convertido en parsimoniosa, y aquí me permito á V. E. que me separe, más de su opinión y de la del Gobierno; porque una de las cosas

estamos ó no estamos organizados militarmente. Vamos á verlo: Según los presupuestos, parece que sí; pero según los hechos, diríase que no. Mejor organizados están los riffeños en este caso.

En diez y nueve días han reunido de quince á veinte mil hombres, han erizado de trincheras su terreno y parte del nuestro, y solo esperan que demos la señal de la batalla para medir sus Remington con los Mauser que están llegando del extranjero.

Han hecho más: su fuerza moral, y V. E. sabe cuán importante es en las tropas este factor, ha creído en razón directa de nuestra pasividad, y han logrado aumentar su dotación de armas y municiones, si es que algo significan esos barcos españoles que por vergüenza navegaban con bandera inglesa hacia las costas del Rif con contrabando de guerra.

Entre tanto, nosotros, meditando, meditando, nos hemos convencido de que el fuerte de Sidi Aguarach no puede construirse con la facilidad calculada antes del 2, y mientras los moros se atrincheran y nos desafían, enviamos comisiones á estudiar sobre el mismo terreno lo que más convenga. Como si el campo de Melilla no debiera estar en Madrid para estos fines, en excelentes planos levantados por nuestros oficiales de Estado Mayor!

Por aquí no queda muy bien parada nuestra previsión militar. Que los moros, al proponerse atacar á Algeciras, por ejemplo, enviaran sus más distinguidos jefes para estudiar el terreno, á nadie extrañaría; porque, que entiendan ellos de curvas de nivel? Pero que nosotros, dominadores de aquella plaza durante tantos años, después de haber forjado nuestras tropas tantas veces en aquellos sitios, y sobre todo, habiendo tenido muchos oficiales, verdaderamente distinguidos, estudiando por afición ó obligación las cosas de Marruecos, tengamos que ir al terreno que es nuestro hace treinta y cuatro años para determinar el mejor modo de hacer un fuerte, cosa es tan extraña como si usted, mi general, declarase paladinamente que le era desconocida la topografía de la Coruña ó de su propia casa.

Esto nos haría dudar de sus facultades mentales, y yo desearé que las conserve muchos años, aunque las dedique á justificar el paso de tortuga que por acá camina el Gobierno en un asunto que por atacar la honra española, exigía procedimientos rápidos, perfectamente compatibles con nuestro carácter y con el deseo de asegurar el éxito que á V. E. domina, como nos domina á todos.

Y basta por hoy de meditaciones. Empeñado en esta obra superior á mis fuerzas, algo más tendré que decir para darla cima, pero la falta de costumbre agota las fuerzas, y por hoy me rindo á la fatiga.

Así como así, aunque han pasado diecinueve días, tenemos tiempo por delante para entrar en las más menudas disquisiciones.

UN RETIRADO ACTIVO.

El Sr. León y Castillo. Estuvo anoche en el ministerio de la Gobernación y celebró una larga conferencia con el Sr. Puigcerver, en la que se habló mucho de política, y especialmente de las Islas Canarias, en donde actúa de cacique mayor.

Noticias Sigue mejorando el Sr. Sagasta, hasta al punto de que se espera que pueda salir en carraje en los primeros días del mes próximo.

Dice un periódico: «Parece ser que el Gobierno tiene noticias de que en estos días se ha hecho por Tetuán un importante contrabando de armas para los riffeños.»

Y el Sr. Pasquin, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El de Fomento dió cuenta de varios expedientes de carreteras y otras obras públicas, uno de ellos relativo al impulso de éstas en las comarcas andaluzas afligidas por la miseria.

El de Ultramar pasó al despacho varios suplementos de crédito para atenciones del ramo de Guerra en la isla de Cuba correspondientes al presupuesto de 1892-93, y un expediente de pena capital en Filipinas, en que resolvió el Consejo que se acusase el recibio.

El de Marina leyó el proyecto de decreto fijando las plantillas del cuerpo administrativo de la armada, y fue aprobado.

El ministro de la Gobernación dió cuenta de un expediente de escasa importancia.

El de Hacienda, además del despacho de otros expedientes, también ordinarios, leyó los proyectos de decretos encaminados á asegurar el pago puntual de las atenciones de primera enseñanza.

A propuesta del ministro de Ultramar se acordó una distinción honorífica para el alcalde de Moriel (Cuba), en testimonio del general aplauso que mereció su conducta en la captura de un bandolero.

Terminado el despacho de los asuntos ordinarios, los ministros de la Guerra y Estado informaron al Consejo de todo lo concerniente al asunto de Melilla, sobre el cual versó la mayor parte de la deliberación del Consejo.

Se aprobó el decreto del ministro de la Gobernación sobre la convocatoria para las elecciones municipales, que se verificarán el 19 de Noviembre.

Los ministros de Estado y Hacienda dieron noticia de sus entrevistas con nuestro embajador en París, y con ocasión de ellas se expusieron y examinaron en sus términos generales los asuntos comerciales pendientes de negociación.

A propuesta del ministro de la Guerra, y de acuerdo con el de Ultramar, se acordaron dos nombramientos de los segundos cabos de Cuba y Puerto Rico, para que los decretos sean sometidos á la aprobación de S. M.

El Sr. León y Castillo. Estuvo anoche en el ministerio de la Gobernación y celebró una larga conferencia con el Sr. Puigcerver, en la que se habló mucho de política, y especialmente de las Islas Canarias, en donde actúa de cacique mayor.

Noticias Sigue mejorando el Sr. Sagasta, hasta al punto de que se espera que pueda salir en carraje en los primeros días del mes próximo.

Dice un periódico: «Parece ser que el Gobierno tiene noticias de que en estos días se ha hecho por Tetuán un importante contrabando de armas para los riffeños.»

Y el Sr. Pasquin, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

Esto, sin duda, debe ser más importante para el Sr. Pasquin que el de montar un servicio de vigilancia en la costa del Rif, á fin de evitar que los moros reciban pertrechos para que nos hostilien con los mayores elementos posibles.»

El Sr. Sagasta, tan fresco. Los cañoneros se han hecho para que en estas circunstancias continúen en los puertos de la Península para vigilar el contrabando del tabaco.

ocurre es que al Sr. Moret le falta talla, dotes y condiciones políticas para desempeñar una cartera como la de Estado, y que, á pesar de su creencia de conocer los deberes de un ministro de la corona, como entusiásticamente nos dijo ayer, ni es diplomático, ni político, ni sabe desempeñar la cartera, ni tiene, ni jamás tendrá, criterio propio ni ojo en ninguna cuestión de las llamadas de Estado.

Al propio tiempo, el Sr. López Domínguez pone de manifiesto que ni sus reformas son reformas, ni los nuevos cuerpos de ejército están preparados para la guerra, ni sabe preparar una campaña.

Ambos ministros están mostrando su ineptitud ante la faz de Europa, y como es lógico, haciendo que nuestra heroica nación sirva de balsa al riffeño y al sultán de Marruecos, y como tal hecho, ya descontento como real y positivo, es imposible que se oculte al Sr. Sagasta, dicho se está que su responsabilidad es inmensa, mucho más, cuando el presidente, en otras épocas ha demostrado dotes superiores como ministro diplomático.

En estas circunstancias, el Sr. Sagasta debe encargarse de la cartera de Estado, y no atendiendo más que al patriotismo, entregar la de la Guerra á un general experto en el mando de tropas.

Junta de jefes.—Entusiasmo de las tropas. A las once de la mañana se celebró junta de jefes, presidida por el general Margallo.

Se trata de la cuestión de los alojamientos. El Disciplinario, el regimiento de África y la guarnición ordinaria quedarán dentro de la plaza; las demás tropas acamparán en el exterior.

Las tropas se hallan muy entusiasmadas, porque se acerca el momento de empezar el combate.

Agitación en los moros Entre los moros se nota gran agitación. El bajá está en una de las trincheras, ordenando, sin duda, que las destruyan.

Los moros hacen señales de aviso, volviéndose á las alturas y agitando sus jaques atados á la punta de un palo. Se tiene por seguro que pronto se romperá el fuego.

Todos los oficiales francos de servicio se dirigen al campo para observar las maniobras de los moros. El general Margallo muestra gran entusiasmo. «Ya no es hora de conferencias—dice—sino de hechos.»

«Si el bajá no hace destruir esas trincheras, las destruyo yo.» El comandante del Conde de Venadito, señor Díaz Moreu, llega al Gobierno militar y se encuentra con el general Margallo, con el que celebra una larga conferencia.

Una escaramuza A las diez de la mañana, una oficial y cuatro soldados salieron del fuerte San Lorenzo, para recoger una mula extraviada, que estaba á alguna distancia.

A poco trecho del fuerte vieron á unos cuarenta moros, uno de los cuales disparó su fusil, contestándole el oficial con el revólver.

Dispararon nuevamente los moros, y entonces nuestros soldados avanzaron, haciendo fuego, obligando á los moros á huir. Uno de ellos llevó el caballo herido. Nuestros soldados volvieron al fuerte, habiendo rescatado la mula.

Preparativos La infantería del fuerte de San Lorenzo desplegada en guerrillas, parapetándose en las trincheras, cubiertas por los tiros del costado izquierdo del Conde de Venadito.

Los moros se preparan también para el combate. El «Conde de Venadito» A la una y media de la tarde se dirige al Conde de Venadito su comandante el Sr. Díaz Moreu.

Inmediatamente empieza á maniobrar el barco, acercándose á tierra y tomando sus posiciones para cumplir las órdenes del general Margallo.

Pero dejemos la palabra á un corresponsal inteligente que telegrafía á un colega: Melilla 21 (3,10 L) Urgente.

A las tres en punto de la tarde, marcadas por el reloj de la plaza, el crucero *Conde de Venadito* hizo el primer disparo hacia la kabila de Mazusa.

La gente, apiñada en los torreones, prorrumpe en vivas á España y á la marina. El entusiasmo es indescribible.

La armada ha tenido la suerte de hacer la primera demostración de venganza y de castigo contra los riffeños.

Van en este momento cinco disparos. Los moros hormigean por las alturas en gran número.

Corren hacia la derecha con dirección al Guaguá. La posición que ha tomado el *Conde de Venadito* es admirable, porque los coge de flanco.

Ha podido apreciarse con buenos genes que nuestras balas han hecho carteros blancos. Una granada ha prendido fuego en el monte.

Las baterías de tierra y toda la tropa están dispuestas para el combate, pero no se ha roto el fuego.

Hay animación delirante en la plaza. El comandante del crucero *Conde de Venadito* tenía orden de disparar tan pronto como viese moros en nuestro campo.

Melilla 21 (3 35 L) Urgente. El general Margallo bajó al muelle al primer disparo del *Conde de Venadito*.

El general Ortega dirigió á los fuertes donde tiene destacada la brigada de su mando. Por telegrama de banderas se dijo al comandante del *Conde de Venadito* que suspendiera el fuego.

No habiendo sido comprendida la señal, saltó una barca para comunicar el orden. Se suspendió el fuego.

Los moros, desde el primer disparo, tienen encendidas hogueras, y sobre una altura flota un jaque blanco.

En este momento no se ven moros en el campo, habiendo desaparecido todos los grupos.

El *Conde de Venadito* hizo once disparos en media hora. Créese que mañana será más enérgico el cañoneo. Melilla 21 (5,20 L) Urgente. El Conde de Venadito, una vez que recibió la

## PIJERETAZOS

Según nos comunica el telegrama, el Conde de Venadito ha comenzado las trincheras construidas por los riffeños dentro de nuestro territorio.

Ya era hora que se hiciera algo para probar á los moros que no estamos galinas.

Y dejando ahora á un lado el examinar las causas que hayan impedido al general Margallo á no declarar hasta última hora que los riffeños se habían atrincherado en nuestro campo, como vezamos haciendo hace muchos días los correspondientes, en estos momentos solemnes para la Patria sólo hemos de gritar:

¡Viva España!

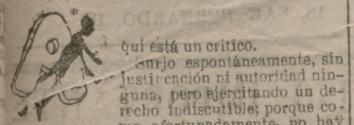
De La Correspondencia Militar: «Dios es coliga. Los generales creen que á esta hora, escudados en el auxilio que el gobernador civil, las elecciones se ganarán, sin gran esfuerzo; pero como los partidarios que ha suscitado el señor Aguilera, crean que las elecciones se perderán.

«Con Angulo se puede contar. Las elecciones, la renta de Consumos y la paciencia.»



DOMINICALES

ALMENDRAS AMARGAS



Qui está un crítico.
Hay algo, sin embargo, que me justifica: la
nueva fe con que hago yo estas cosas, obediendo
siempre a impulsos generosos y desinteresados,
nunca a mezquindad de pasiones ni a
soberbia de omolisciento.

Necesitaba de todo esto, y de mayor preámbulo
o año, para justificar mi propósito de hacer
crítica de un libro recientemente publicado y
llevarlo a mi poder hace dos días.

Aludo al en que Sinesio Delgado tuvo la buena
idea de recopilar por segunda vez muchas de sus
poesías sueltas publicadas en Madrid Cómico,
y que, aunque juzgadas a medida que iban
viendo la luz pública, para caer en el olvido des-
pués, eran merecedoras de que quedasen, ya que
eran en mármol y bronce, por lo menos en el
dominio impreso con mucho lujo, e ilustrado por
lo que a mi juicio me parece y mucha habilidad.

Tendré que ser un poco pesado en este artículo,
porque son infinitas las cosas que se me ocurren
después de haber leído Almendras amargas,
y de infinitas a bien las que de antemano
me daban a la cabeza, como lector devoto de lo
que escribe Sinesio, en obsequio del cual
necesariamente como Madrid Cómico todas las
semanas para refecionarme con las copias del
autor de La baraja francesa.

Habiendo venido yo al mundo literario cuando
Sinesio tenía ya su personalidad, soy de los
muchos que, sin embargo, porque debí de
ser más, que en reservas mentales ni discusión
de nada, le aceptan, le acatan, le adoran y le
proclaman jefe indiscutible en esto de hacer
versos.

Voy a hacer una advertencia para aquellos
espíritus maliciosos que bien siempre entre
líneas lo que no hay escrito, yo no he mandado
copias nunca a Madrid Cómico para que se me
constante en la Correspondencia particular;
cuando vine a Madrid, ya hace muchos años,
me presente a Sinesio, le caí en gracia y me
pedió una quiniella sin que yo se lo suplicara,
y después le he mandado una composición,
pero me la ha pagado... y esta es la hora (después
de dos años) que no ha salido en el semanario
más popular de España; quizás por inservible.

Me parece que más sincero y menos obligado
no lo hay.
Pero no divaguemos.
Esto, que pudiera parecer intimidades fuera
de lugar, ocurreme consignarlo para que
nada ponga en duda mi imparcialidad (única cosa
de lo que puedo hacer alarde).

Coste, pues, que yo a Sinesio no le debo
más... que 15 pesetas.

Dico un amigo mío que únicamente al placer
del recién caído cuando la noche primera, en
la penumbra de la alcoba y entre suspiros y
besos, desnuda a la virgen que ha de sacrificarse
y brota sobre los broches de su corsé mientras
que sobre la alfombra deshojando el ramo de
azahar, únicamente a esto, repito, es comparable
el placer del literato cuando en el silencio de su
estudio riza con el cuchillo de marfil las ho-
jas de un libro que le seduce y que le atrae, por-
que en su portada ha visto un nombre que le
patustiasa y que le ha hecho entrar en las delicias
de uno de esos ratos en que se olvidan penas
y disgustos, porque el espíritu se abisma en
la contemplación de la belleza, única fuerza ca-
paz de destruir todas las otras, ya no se igno-
ra, contrarias, que influyen en el estado psico-
lógico.

Lo confieso: sin dinero, sin amigos, sin comodi-
dades, sin satisfacciones, despreciado de todo
el mundo, ahorrado miserablemente, de cual-
quier modo, en fin, que me den un libro de un
autor que yo estimé, y soy el hombre que de-
muestro buscabas con un farol.

Da aquí el entusiasmo con que he leído
Almendras amargas, obra de mi poeta favorito
hoy.

Y llegado ya al momento de entrar en mate-
ria, procedamos con orden: hablemos primero
del autor y luego de su libro: estudiemos antes
al poeta y después su poesía; y como para hacer
cualquier necesario espacio, este será el objeto de mi
próximo artículo.

EL DOCTOR CENTENO.
EL DICCIONARIO

os las dos. — Guy de la Far-
va el condésito — nieta a su
casa en un coche del Circulo,
que ha llenado de cartones
y paquetes comprados en los
grandes almacenes para ha-
cer los regalos de año nue-
vo. — Durante el camino va
pensando la manera cómo
ha de redactar las tarjetas
que han de acompañar cada
regalo.

Veamos para la duquesa, la jardinera de Sa-
jonia llena de flores, y en la tarjeta una frase
elegante, al par que discreta. Con mis más res-
petuosos omensajes... omensajes...
¡Dios! Como se escribe omensajes?
Cuando estudiaba, por un poco me hacen ha-
chiller; pero, hace tanto tiempo de eso y no te-
ner en casa un diccionario... (El coche pasa en
ese momento por la calle de Richelieu). ¡Ahí
soy un imbécil! He ahí la Biblioteca nacional,
ahí, de seguro, debe haber un diccionario. ¡Co-
chero, a la Biblioteca Nacional!

(El cochero mira con sorpresa al condésito, y
detiene el vehículo a la puerta del monumento.)
Guy se apea, atraviesa el patio y entra en el
vestibulo, en el cual hay una puerta vidriera, a
través de la cual se ve una especie de hermosa
sala de colegio, y en ella gran número de lecto-
res absortos en la lectura y con las orejas apo-
yadas en los puños.)
Guy. — He aquí mi negocio (y se dirige a la
puerta)
Una voz (saliendo bruscamente de un rinón
del vestibulo). — ¡Caballero, eh, caballero! el
bastón!

Guy (estupefacto). — ¡Óh! ¡Óh! ¡Óh! ¡Óh!
Hay vestuario? Pero si yo salgo enseguida, voy
solamente a ver una frase en el diccionario...
La misma es. — Es igual, es el reglamento.
Guy (entrando el bastón). — ¡Ah, bueno!
pero haga usted el favor de no perderlo; en el
testo de Novedades he perdido ya once para-
gráfos.

La voz (cada vez más severa). — Eso le ense-
ñará a usted a no frecuentar los teatros subven-
cionados!
Guy. — Bueno, parece que se ha incomodado.
Vamos de prisa a ver ese diccionario? (Se precipita
en la sala de estudios, y un guardia le
detiene). — ¡Vuestra tarjeta?

Guy. — ¡Mi tarjeta? usted me dispense, yo no
vengo a hacer ninguna visita.
El Guardián (severamente). — Vuestra tarjeta
de entrada.
Guy. — ¿Cómo? ¿Se necesita una tarjeta para
entrar? pero si yo voy solamente a ver una pa-
labra en el diccionario.

El Guardián. — ¡Es el reglamento! Tome
usted el corredor de la derecha, y en la galería de
la izquierda hay un pasillo en el fondo, y en la
sexta puerta verá usted escrito: Administra-
ción.
Guy (marchando). — La administración... la
administración. ¡Qué diablos! si yo hubiera sa-
bido que eran necesarias tantas historias para
ver una palabra en el diccionario... ¡ah!, aquí
es: Administración.

Guy (entra tímidamente). La administración
es un jovenito que escribe sentado delante
de una mesa llena de papeles. Guy le saluda, y la
administración le devuelve su saludo muy ama-
blemente.)
Guy. — Usted dispense, caballero, parece que
es necesario una tarjeta para poder entrar en la
biblioteca...
La Administración. — Sí, señor...
Guy. — ¿Podría yo obtener una?

La Administración. — Nada más fácil, cabal-
lero. No tiene usted más que hacer una peti-
ción por escrito, a la cual adjuntará usted sus
títulos universitarios, un certificado de haber sido
vacunado y una memoria sobre el objeto de
sus investigaciones; se hará una instrucción,
y de aquí a quince días...
Guy (espantado). — ¿Quince días? Pero, cabal-
lero, si lo que yo necesito es simplemente ver
una frase en el diccionario...
La Administración. — ¡Ah! Si se trata de
recoger un simple dato, entonces puedo dar a
usted una tarjeta, pero valdrá solamente para
una sesión. Hala aquí, caballero.

(Guy se deshace en agra lacrimientos y saluda
a la administración, la cual le reconduce hasta
la puerta, con la consigna en los labios. Vuelve
a la sala de estudios, equivocándose tres ó cuatro
veces en el camino, y por fin, exhibe triunfante
su tarjeta al guardián, el cual la recoge, dán-
dole, en cambio, un papel que Guy se mete en
el bolsillo creyendo que es un prospecto.)
Guy. — ¿Quisiera ver una palabra... me harí-
usted el favor de darme el diccionario?
El Guardián. — Diríjase usted en frente, en el
fondo de la sala.

Guy. — Al fondo de la sala? Bueno.
(Guy atraviesa la inmensa sala, caminando
sobre la punta de los pies para no distraer a los
lectores, que, a cual más grave y más feo, le lan-
zan terribles miradas, a través de las gafas,
porque sus zapatos hacen ruido. Por fin, rojo
de emoción, llega al fondo de la sala, y se en-
cuentra enfrente de una mesa, detrás de la cual
está entronizado un viejo, cubierto con un gor-
ro negro, cuyo viejo en aquel momento se de-
dica a coquetear con una lectora de cincuenta
años, que no cesa de hacerle zalamerías, como
una chiquilla.)

Guy (tímidamente). — Usted dispense, cabal-
lero, desearía ver una palabra en el diccio-
nario.
El Viejo (interrumpiendo su coqueteo). —
¿Dónde está vuestra ficha?
Guy. — Mi...
El Viejo. — Sí, la ficha.
Guy. — ¿Qué cosa es?

El Viejo. — El guardián ha debido daros una
ficha al entrar.
Guy (buscando en los bolsillos). — ¡Ah! Sí...
ya sé... el prospecto. Con tal de que no lo haya
perdido... ¡Ah, no! Aquí está.

El Viejo (dejando a Guy con un gesto). —
Bueno, hableme usted.
(Guy, dócilmente toma una pluma, y siguien-
do las indicaciones del papel, escribe su nombre
y su dirección, mientras el viejo vuelve a hacer
arrumacos a la veterana que está a su lado.)
Guy (interrumpido otra vez la conversa-
ción). — ¡Ahí está. Ahora desearía ver una pa-
labra en el...
El Viejo (después de leer el papel). — ¿Y vuestro
número?
Guy (sorprendido). — ¿Cómo mi número? ¿No
lo he puesto? Es 52.

El Viejo (escribiendo). — Pues se pone, 52.
Guy. — Eso es, 52, calle de Taibout.
El Viejo. — ¡Qué calle de Taibout, ni qué ca-
lle de Taibout. No es el número de vuestra calle
lo que yo pregunto, sino el número de vuestro
sitio.

Guy (como idiota). — ¿El número de mi sitio?
¿Qué sitio?
El Viejo. — Naturalmente, de vuestro sitio...
¿Dónde está usted?
Guy. — ¡Yo! Aquí.

El Viejo (gritando). — ¿Dónde está usted sen-
tado?
Guy. — ¡Ah! En ninguna parte.
El Viejo. — Entonces vaya usted a tomar un
sitio. (A la vieja, que sonríe con tristeza.) ¡Dios
mío, que fastidiosas son estas gentes que no sa-
ben de la misa la media!

(Guy se dirige a un sitio; pero en el momento
en que va a sentarse, un vecino le hace observar
que está ocupada, y que un libro marca el der-
cho de propiedad del ausente. Guy se excusa, y
váy más lejos, renovándose la misma escena has-
ta nueve veces. Por fin, encuentra un sitio libre
sobre la boca de un calorífero. Toma el número,
deja su sombrero como señal, y vá a llevar al
viejo del gorro su ficha ya llena.)

El Viejo (después de una ojeada sobre el
papel). — Bueno, ¿pero qué es lo que usted quiere?
Aquí no pone usted el nombre del volumen que
desea.
Guy. — Si lo acabo de repetir por la centésima
vez; quiero ver una palabra en un diccionario...
El Viejo (gritando). — ¿Qué diccionario!
Guy (gritando más fuerte). — ¿Cuálquiera!
El Viejo (atragantándose). — ¡Voto a mil dia-
blos! No soy yo quien ha de saberlo. ¿Qué fasti-
dio, Dios mío, qué fastidio! ¿Por qué dejan en-
trar aquí a estas gentes que no saben de la misa
la media?

Guy (temblando). — ¡Ah! ca... (el lector con-
cluirá el adjetivo como si se encontrase en igual
caso). Si yo hubiera sabido esto, hubiera apre-
ndido ortografía, y hubiera sido más sencillo.
Quiero usted darme un diccionario, ¿sí ó no?
El Viejo. — ¡Pues pídale usted uno!
Guy (cruzándose de brazos). — ¡Pero si desde
hace una hora no hago otra cosa!
El Viejo. — Lo que hace usted desde hace una
hora es agotarme usted el favor de no ser insol-
ente, viejo sin folio!

El Viejo (gritando). — Si usted sigue faltán-
dome, le pondré a la puerta. Le digo a usted
que escriba el nombre del libro que pide.
Guy (desganitándose). — ¡Un diccionario! ¿No
sabe usted lo que es un diccionario?
El Viejo (ya ronco). — Pues escribale usted.
Guy. — ¡Haberlo dicho antes.
(Se dispone a escribir en la ficha, que el viejo
le arranca de las manos.)

El Viejo. — ¡No, ahí no!
Guy (casi loco). — ¡Óh!
El Viejo (fónico). — Pero cada vez más furio-
so). — En una de esas otras fichas que están ahí,
sobre la mesa... delante de usted... ¿Qué fasti-
dio, Dios mío, qué fastidio!... ¿Quién ha dejado
entrar aquí a este ignorante?

(Guy, con la energía de la desesperación, se
precipita a la mesa señalada. Boletines verdes
y blancos, todos revueltos, tenían la misma ins-
cripción: «Libro pedido para consulta.» Guy to-
mó el primero con que tropezó, y escribió: «Un
diccionario, cualquiera.» y volvió a llevarle el
boletín al viejo.)

Guy. — ¡Vaya! me parece que ahora...
El Viejo (color de fresa madura). — ¡Esto no
es posible! Usted lo hace expreso.
Guy (del color de un bifteck a la inglesa). —
¿Qué?
El Viejo (enseñándole el papel). — Está usted
sentado del lado derecho, y escribe usted en un
boletín blanco.

Guy (como embrutecido). — ¡Y bien, ¿qué?
El Viejo. — Que para ese lado son los boletines
verdes.
Guy. — ¡Pues eso se advierte, porque yo no tengo
obligación de saberlo.
(Vuelve y rehace su boletín verde, decidido a
concluir de una vez.)

El Viejo (leyendo el boletín). — ¡Qué redacción,
Dios mío! En fin, vaya usted a sentarse, y le
llevaré a la sala de estudio.
El Viejo se limpia el sudor de la frente, pasa
el boletín a un empleado, y se sienta estenuado
y aspirando un frasco de sales para reponerse.
Guy, todavía rojo de cólera, vá a sentarse sobre
la boca del calorífero. A los cinco minutos sien-
te todos los síntomas de una congestión y se le-
vanta para caminar un poco; pero las protestas
de sus vecinos le hacen volver a sentarse y espe-
rar, quemándose física y moralmente. En este
momento el reloj sonó la media.

Guy (estupefacto). — ¡No! No es posible; ¡las
tres y media! ¡Hace hora y media que estoy
aquí! ¿No; lo que es yo, me largo?
(Se vá, y el guardián le detiene a la puerta.)
El Guardián. — Dispense usted, caballero, ¿a
dónde vá usted?
Guy. — A la calle, ya estoy cansado de estar
aquí inmóvilmente.

El Guardián (severo). — ¿Vuestra ficha?
Guy. — ¿Qué? La ficha. Adá se han quedado
con ella.
El Guardián. — Pues vaya usted a pedirla,
si no puede usted salir.

Guy. — ¿Cómo? ¿qué no puedo... (poniéndose
como un tomate). ¿Me toma usted por algún
ladrón?
El Guardián (imperturbable). — Es el reglamen-
to.

Guy (volviendo a su sitio). — Vamos, ahora no
puedo irme. En mal hora se me ocurrió venir
aquí; mejor hubiera sido comprar un dicciona-
rio...
Guy (se sienta, y al cabo de un cuarto de hora
le traen, en fin, un gran volumen; se precipita,
lo abre, y lee: «Diccionario de Tecnología»,
tomo I; de la A a la F.

Guy (furioso). — ¡No! ¡No se burla uno así de
las gentes! ¡Hacerme perder un día, para darme
al fin un diccionario y escoger justamente uno
en el que no está la palabra que busco!
(Gritos de silencio: ¡Chist! ¡fuera! etc.)
Guy (exasperado). — ¡Idiotas! ¡estúpidos!
Un Criado. — Si no se calla usted... le llevo a
la prevención.

Guy (perdiendo la cabeza). — ¡Ahí vá vuestro
diccionario.
(Lanza el libro a la cabeza del criado, que es-
quiva el golpe, yendo a parar el volumen en
medio de los tinteros y notas que estaban en
una mesa contigua, rodeada de sábanos; protes-
tas, anatemas, amonijones de los guardianes;
por fin, expulsión de Guy, a quien ponen en
manos de los agentes de orden público.)

Guy (defendándose). — Voy a explicar a us-
tedes... Yo quisiera ver una palabra en el diccio-
nario... No soy ningún ladrón... La prueba que
ahí está mi coche.
La autoridad. — ¿Conque ese coche es de usted
y todos esos paquetes que están dentro? Pues se
necesita poca vergüenza, para negar que es us-
ted un ladrón.

Silencio y venga usted con nosotros.
(Y seguido del coupé y del cochero escandali-
zado, Guy hizo su entrada triunfal en la comi-
saría del barrio.)

Francisco de Prada y Artega.
LAS LEYES DE LA HISTORIA

Bajo el brillante sol del Mediodía
que difundió el placer y la alegría
y cubre la pradera
con alfombra de flores,
y alumbra unas mujeres de primera
y excita a la pereza y los amores,
se oían las voces de la raza
decaer y se afemina
y adquiere con el vicio que domina
muscularidad de papel de estraza.
Y siempre ha sido así. Pero un resorte
movido por extraña y hábil mano
arroya sobre el monte y sobre el llano
las bordas de los bárbaros del Norte,
rudos, fuertes, salvajes,
que se alimentan con la carne cruda,
y llegan, sin más armas ni equipajes
que toscas mazas y la piel desnuda.
Pelean como el viento que se lleva
las hojas locas del jardín florido,
y presta al viejo tronco carcomido
górmenes nuevos con la savia nueva.
No queda ni una piedra donde estaba;
pero caen clarines y bocinas,
y surge el pueblo débil que se acaba,
y surge un pueblo viril entre las ruinas.
Poco tiempo después, los invasores,
se dejan dominar por los sentidos,
se entregan al placer y a los amores,
y quedan como estaban los vencidos...

Yo no entiendo estas leyes
que rigen a los pueblos y a los reyes...
Porque esas invasiones
que vienen a dar vida a las naciones,
necesarios inyectos
que, aunque traigan rigores excesivos,
fortalecen la sangre de los vivos
con la caliente sangre de los muertos,
pueden tener objetos diferentes.
¿Cuál se logra alcanzar de estas dos cosas:
vigorizar las razas decadentes
ó afeminar las razas vigorosas?
Sinesio Delgado.

LOS AUTORES

AY la gran colección.
En los tiempos que corremos,
donde menos se piensa... salta
un autor.
Me refiero a esa clase de au-
tores que gustan de hacer chis-
tas a costa del prójimo, aunque sea perjudican-
dole en su honor y dignidad.
Conozco yo a uno de éstos que, lo mismo es
encontrarse con él, que tener el chiste encima.
— ¿Dónde vas?
— A distraerme; porque te digo que lo que es
en mi casa no puedo parar.
— ¿Qué te sucede?
— Nada, hombre; mi suegra, que es peor que
ponerle a uno catorce sinapismos en la boca del
estómago.

— Pues yo me llevo perfectamente con la mía.
— ¿Y cómo te las arreglas?
— ¡Toma!... pues no teniéndola.
Ya salió el chiste.

Advierto a ustedes que durante todo el tiem-
po que este fenómeno de la naturaleza está ha-
biendo con el individuo que tiene la desgracia
de caer en... sus chistes, no pára un momento;
sus piernas, arqueadas como un medio círculo,
¡tan pronto las tiene juntas, como una mirando
al Norte y la otra girando hacia el Mediodía;
sus ojos, pequeños y azules como dos aceitunas
alfadas, parecen saltar de sus hundidas órbi-
tas y querearse sobre el ala del sombrero
de cualquier individuo; su cabeza, desfigurada
por completo a causa de dos protuberancias enor-
mes que posee en ambos lados, parece abarico
de tonta, y por último, su oratoria vá siempre
acompañada de un sinnúmero de gesticulacio-
nes, muecas y... chistes.

— ¿Pues querían ustedes creer que este persona-
je que es autor cómico? Nada, miren us-
tedes la tarjeta que casi me hizo tragar el otro
día:

SIMPLICIO MEMO
Autor cómico
Candil, 2, 4.º

Lo primero que se me pasó por la imaginación,
en cuanto me enteré de la tarjeta, fué que esta-
ban las líneas cambiadas.
Pues hubiera creído mucho mejor esto otro:

NI CON CANDIL
se halla un autor cómico
más memo que Simplicio.

¿Eh? ¿Resulta la combinación?
¡Ya lo creo! En fin, dejemos a Simplicio en
paz.
Ahora vamos a examinar otra clase de auto-
res que, si no llevan tarjetas, llevan la fatalidad
consigo.

— Chico, ¿qué te pasa? ¿estás cojo?
— Verás, ¿tu no sabes lo que me ha ocurrido?
— Ni una jota.
— Voy a explicártelo. (Aquí empieza el cuento.)
Caminaba yo anoche tan tranquilo por la
calle Ancha, pensando en mis versos y en mis
obritas teatrales, cuando de repente... ¡pum!

— ¿Te escarriste, y...?
— No; no me escarriste; veo un bulto en medio
del arroyo; me aproximé, guiado por este noble
corazón que tengo, creyendo que me encontra-
ría con algún feo, y después de tocarle varias
veces con el bastón y ver que permanecía inma-
novable, me agacho, preparo ambas manos...
y me encuentro con que era un adequin del ta-
maño de un melón de Añover.

— ¿Le soltarías enseguida?
— Con tan buen acierto, que me le dejó caer
enmedio del pie izquierdo. Excuso decirte la
algarazca que allí se movió. ¡Claro! como mu-
chos transeúntes me vieron ir al bulto, darle
con el bastón, quedarme pensativo, y luego con
una cautela digna de sargento, poner las manos
sobre el secreto y levantarlo en alto, pues se
echaron a reír a mandibula batiente. Y mira, en
medio de todo, me alegré.

— Tienes capricho.
— Hombre, sí; luego después, todo se volvió
felicitaciones; y es más, hasta un caballero que
presenció la obra desde el primer acto, se acer-
có a mí, y me dijo:
— Ha tenido usted mucha gracia. «Ha hecho
usted un chiste de cuerpo entero.» Ya ves tú,
sin saber ese caballero siquiera que yo era au-
tor cómico. Tanto es así, que pienso ponerle en
una obra de colaboración que me van a estre-
nar esta temporada en Recoletos.

Y ahora que hablo de colaboración: asisto yo
a una casa donde hasta el gato es colaborador.
Todas las noches, después de cenar, D. Ciriacó,
que es, como si dijéramos, el capitán de la cua-
drilla, hace que toda su familia, incluso la mu-
jer, se ponga a hacer versos, con el objeto de
terminar un drama bufo-lirico-dramático, en
seis actos y un prólogo, que tiene entre manos
desde hace año y medio.

Le dice a la mujer:
— Mira, Micaela, tú vas a hacer la escena del
conde con la hija del corregidor.
— Pero, hombre, ¿si todavía no he quitado la
mesa!...
— Déjate, mujer. Antes que todo, es el drama.
Tú, Pepito, a ver si sacas partido de lo que te
dije anoche. Ya sabes, cuando el monje se aso-
me por aquellos montes, que diga el personaje
que está en escena: ¡Huff, qué rifeño!...

La familia a coro. — ¡Jé, jé, jé!
Papá. — Es buena caída, ¿eh?
Otra vez la familia. — ¡Ya lo creo! ¡Já,
já, já!

Y así pasan su rato de distracción todas las
noches aquellas benditas almas de Dios.
Además, el papá tiene en un cuadro, como
prodigio del poeta más pequeño de sus hijos,
de Antón, que cuenta siete años y continúa to-
mando el biberón, una dedicatoria en verso, fe-
licitándole por su cumpleaños.
Véase la clase:

A PAPÁ
Tu hijo, el más chiquitín,
te dedica por monín,
y por ser el día que es hoy,
estos versitos. Me voy;
dame un durito.
Antón.
Me parece que los versos son verdaderamente
un prodigio... de rípijos; pues a pesar de todo, le
dió a Antón el duro... para que fuera a la tien-
da a pagar la cuenta de la semana.
Juan TAVARES

ALICIA

BALADA

AY nada tan agradable como va-
gar por el bosque verde cuando
el mirlo y la alondra cantan en
el ramaje; cuando el ágil cer-
vatiño huye como una flecha
para escapar de los dientes de
los lobres, y cuando el cuerno
de los cazadores resuena a lo le-
jos en la espesura?

— ¡Oh, Alicia! Yo he abandonado por tí mi
tierra natal, y nos vemos obligados a vivir en
los montes y los bosques, como los proscritos.
— ¡Oh, Alicia! si en la noche fatal de nuestra
fuga mató a tu valiente hermano, fué por el
amor de tu hermosa cabellera y de tus azules
ojos.

Y ahora, esta mano, acostumbrada al manejo
de la espada, tiene que cortar las raíces de los
bosques, arreglar nuestra humilde cama con el
follaje y formar con las ramas una barrera que
cierre la gruta que nos sirve de asilo.
Tu dulce mano, que antes sólo pulsaba las
cuerdas del arpa, tiene que despojar a la fiera
salvaje de su piel, para que poseamos algo que
nos defienda contra el frío.

— ¡Oh, Ricardo! Si mi hermano murió, se de-
be, más que a otra cosa, a su fatal destino. La
lucha se efectuó de noche, en medio de las tinte-
blas, y sólo la casualidad dirigió contra su seno
el hierro de tu lanza.
Si no puedo adornarme con ricos trajes; si tú
no poses un manto de escarlata, contentémonos
con las pieles atigradas y con el verde de los
bosques, que también son agradables a la vista.

— ¡Oh, Ricardo! Si nuestra suerte es cruel; si
tú has perdido la Patria, en cambio Alicia posee
a Ricardo y Ricardo a Alicia.

II
— ¡Qué agradable es vivir a la sombra de los
bosques! — repeta alegremente la bella Alicia,
mientras el hacha de lord Ricardo sonaba sobre
las ramas de los añosos robles y de los viejos
álamos.

Quando la oyó el rey de los espíritus, se puso
a gritar en la gruta de la colina, y sus inien-
tras palabras se asemejaban al gemido del cuer-
zo bajo los pórticos de una iglesia arruinada.
— ¿Qué hacha es esa que se atreve a derribar
los robles y los álamos, cuyos consagrados
troncos cierran la entrada al lugar donde cele-
bramos nuestros ritos a la luz de la luna?

— ¿Quién viene a asustar la caza que ama la
reina de las hadas? ¿Quién es tan audaz, que
viste el color de los verdes reinos de la hechic-
hería?
— ¡Parte, Urgan; parte en busca de ese mortal!
Tú fuiste bautizado en otro tiempo, y la señal
de la cruz no puede hacerte huir, ni pueden
tampoco detenerte las palabras misteriosas.

Llama sobre la cabeza del temerario la maldi-
ción que daña el corazón y que impide al sueño
cerrar los párpados del que la oye pronunciar.
— ¡Qué no tenga más consuelo que llamar a la
muerte y que la muerte permanezca sorda a sus
ruegos!

III
— ¡Cuán dulce es vivir a la sombra de los bos-
ques cuando los pájaros permanecen mudos!
Alicia preparaba el fuego que había de calen-
tarles durante la noche, y su amante buscaba
leña en la foresta.

De pronto apareció Urgan bajo la forma de un
enano horrible, y se colocó delante de Ricardo.
El caballero hizo la señal de la cruz, y recomen-
dóse a la protección divina.
No tengo miedo a esa señal poderosa — le di-
jo el fantasma amenazador; — no la temo porque
procede de una mano ensangrentada.

Alicia, en un arranque de valor, le contestó
enseguida:
— Si su mano está salpicada de sangre, es san-
gre de las fieras salvajes.
— ¡No, no, mujer intrépida! — dijo el espíritu;
— la sangre que enrojece su mano profana es la
sangre de tu raza; la sangre de Ether Brand!

Al oír esto se adelantó Alicia y repite la señal,
de la cruz:
— ¡Si la sangre — dice — salpica las manos de
Ricardo, las mias están sin mancha.
Yo te juro, fantasma del infierno, en nombre
de los que hacen tambalear a los demonios, para
que no digas de dónde vienes y qué motivo te
trae aquí.

IV
— ¡Grato es, muy grato — dice el enano — ha-
bitar el reino de la hechicería, escuchar el con-
cierto de las aves encantadas, asistir a los juegos
esplendidos de nuestro monarca y escoltarle
a caballo!
Nada hay tan brillante como el país de las
hadas; pero su brillo es tan falso como el im-
ponente rayo que el sol de Diciembre vierte so-
bre las nieves y los hielos.

Nuestra forma, caprichosa é inconstante como
esa luz de los días de invierno, toma el aspecto
de un caballero, de una dama ó de un enano re-
pugnante.
Una de esas noches en que el rey de las hadas
goza de su impotencia, caí herido en un comba-
te criminal. Estaba luchando entre la vida y la
muerte, cuando se me transportó al triste
país de los encantamientos.

Pero si una mujer valerosa se atreviese a tra-
zar tres veces sobre mí frente la señal de la cruz,
podría recobrar mi primitiva forma y conver-
tirme en un mortal como vosotros.
Alicia se atrevió a hacer la señal, primero una
vez y después otra, porque no le faltaba valor.
La frente del enano se curió, y la caverna se
puso muy oscura.
Alicia repitió por tercera vez el signo miste-
rioso, y vio aparecer al caballero más hermoso
de Escocia: era su hermano! ¡era Ether Brand!

Grato es habitar bajo el verde follaje de los
bosques cuando la alondra y el mirlo unen sus
alegres cantos; pero es más grato aún oír el coro
de las campanas del antiguo Dumfries cuando
anuncia la fiesta de himeneo entre dos
amantes.
Walter Scott.
Bibliografía
Nuestro amigo y correligionario D. Pedro
Martínez de Lográn, ha publicado un libro titu-
lado La reancho de la segunda guerra de
Africa.
Al poema patriótico sigue una poesía titulada
Lo que urge, y lo que urge, según el autor, es
un nuevo Cromwell para nuestra Patria.
Vendese esta obra a cincuenta céntimos de
peseta en las librerías de Guttemberg y de San
Martín.
MADRID
LA NACIONAL.—Imp. a cargo de J. O. García
Calle de los Caños, 1, lit.—1894.

# PASTA PECTORAL DEL DR. F. BORRELL

Trinta y cuatro años de éxito son la prueba de la superioridad de esta pasta cuya composición por completo del opio, y sus preparatorios pueden producir los peligrosos resultados de otros Eficacísima contra las afecciones del pecho, como catarros, asma, bronquitis, resfriados y toda clase de tos rebelde y crónica que sea. Un detallado prospecto indica la manera de usar esta pasta, la dosis y el precio. Exíjase la firma y rúbrica del Dr. Borrell. Precio 1'25 ptas. la caja en toda España. Venta en Madrid: farmacia de Borrell hermanos, Puerta del Sol, 5 y principales droguerías.

## COLEGIO DE SAN SEBASTIAN REINOSA (SANTANDER)

Primera y segunda enseñanza y preparatorio para ingresar en las Academias militares y demás carreras del Estado

DIRIGIDO POR DON BENITO GONZALEZ DEL RIO

OFICIAL DE INFANTERIA Y LICENCIADO EN CIENCIAS

Se admiten internos, medio-pensionistas y externos.

HONORARIOS MÓDICOS

se han hecho grandes reformas

Para detalles dirigirse al Director en Reinosa.

## EL IDEAL

DIARIO DE LA TARDE

### SUSCRIPCIONES.—PAGOS ADELANTADOS

En Madrid, un mes.	1 peseta.
Provincias y Portugal, trimestre.	5 »
Ultramar y naciones convenidas en el tratado postal, semestre.	18 »
Este mismo plazo en las naciones no convenidas.	30 »

### PRECIOS DE ANUNCIOS DESDE 1.º DE OCTUBRE

En la segunda plana a 3 pesetas línea.
En la tercera » » 1,50 »
En la cuarta » » 25 céntimos línea.

Comunicados y precios convencionales.

Número suelto, el del día, 5 céntimos.

Número atrasado, 25 céntimos.

Toda la correspondencia, Capellanes, 1, segundo, Madrid.

**RETRATOS DEL DOCTOR** Esquerdó al lápiz litográfico, de 70 por 90 centímetros, mayor que tamaño natural, una peseta. Se vende en esta Administración y en casa de Iravedra, librería, calle del Arsenal.

**JEREZ SUPERIOR**, A 2 ptas. botella; Málaga id. 2 ptas id.—Hortaleza, 7.

**R**estaurant de moda por sus nuevos gabinetes y cenas. Espoz y Mina, 16. Almuerzos 2,50; comidas 3 ptas.

**SE VENDEN COCHES** de todas clases. Alfonso, X, número 5.

**COBRO DE CUENTAS Y CRÉDITOS**.—El antiguo agente de negocios en Madrid, D. Mauricio San Martín, sigue encargándose de dicha gestión sin que sus clientes hagan desembolsos. —Glorieta de Bilbao, 5.

**CUARTOS INTERIORES**, a 15 pesetas; exteriores, a 25 y 30, Galería de Robles, 7 y 9, Monteleón.

**22 SALITRE, 24** Salen y pianos nuevos. Se alquilan para bailes, bodas, campos y bautizos.

**HOTELES CON JARDIN**. Fuente de Valleos a 11, 14 y 16 mil pesetas, al contado ó a plazos. Razón, Santa Isabel, 2, platería.

**FIJARSE BIEN** El que desea aprender la industria de marceida ocupación por sus condiciones especiales y buen resultado, sin apenas hacer desembolso, diríjase con sello, para más detalles, a Sain á hijos, Irún (provincia de Guipúzcoa).

**GRAN CASA PARA VIAJEROS**. Montero, 46 y 48 primer. Desde tres pesetas en adelante.—X.

## LIQUIDACION VERDADERA

POR DEJAR EL COMERCIO Se venden todos los géneros del Bazar... ciento de rebaja de los precios marcados... Se traspa el local. Se vende el mobiliario. Gran rebaja a quien tome todas las existencias.

18, SAN BERNARDO, 18

## AVISO IMPORTANTE

A LOS ESPACIOSOS LOCALES DE CALLE DE POSTAS, 25 Y 26 se traslada el depósito de los RELOJES DE LOSA

Antes MONTERA, 23

## Gran centro de alquiler

Silleros, gabinetes, comedores, despacho de todas clases. Concepción Jerónima.

## MALES NERVIOSOS (REDEEN)

GRANDES ÉXITOS.—ANTINERVIOSO Howard! Howard!—Tal es el grito de los nervios. Cúranse los hipocóndricos, los hídicos, insomnios, jaquecas, vértigos, mareos, la debilidad del cerebro y de las raíces, ruidos de oídos, cabeza y neurálgias, memorias, irascibles, versátiles y mal humorados, nerviosos Howard es el único y el más poderoso y reconstituyente del sistema nervioso, por sus efectos tan prontos y sorprendentes, regulador eficaz, cierto é inofensivo de los accidentes nerviosos—experimentos rápidamente hechos, que lo dejan suspendido el juicio, al producir en los efectos tan prontos y sorprendentes. Despiértase el apetito, se restituye la regularización de las digestiones, si antes eran multas; al decaimiento profundo y la mala determinación, succédese el vigor y la voluntad, que el individuo llega a crear su propia vida. Se afirma la memoria, se robustece el pensamiento adquiere mayor consistencia, se confunde en que poco a poco las ideas envuelven la fuerza de las ideas, y el ocurrir fácil. A estas modificaciones únense la respiración, la sensación de la tranquilidad y del corazón, un sueño tranquilo, reposado y que se sale cada día más fuerte, agíl y activo. Profundas y rápidas modificaciones que intervienen en el organismo, no paran ahí; continúan y progresivas, hasta que hacen desaparecer la huella de padecimiento nervioso. El Antinervioso no contiene opio ni sus sales, ni bromuros, ni sales especiales de la vida moderna, las luchas, los sensuales, vida rebosante de placeres, preocupaciones de glorias, de riquezas, aspiraciones políticas, bolsistas, etcétera, hallarán el seguro de su tranquilidad y de su vida en el Antinervioso Howard. Contiene remedio para 15 días.—Véase el prospecto. Depositario, M. García, Capellanes, 1, de la calle de San Bernardino.

servir la salud y curar las enfermedades

AGUAS MINERALES NATURALES

## CARABAÑA

Salmes Sulfuradas, Sulfito-Sódicas, Hiposulfitadas. Base purgante NaO, SO 103 HO grados 227. Depuradas NaS grados 00,498.

UNICAS EN SU ESPECIE A TODOS INTERESA SABER

1.º Que no existen otras aguas sulfuradas sódicas que las de Carabaña. 2.º Que no existe tampoco ningún otro verdadero manantial de aguas purgantes en explotación que el de Carabaña. 3.º Que los demás llamados manantiales son solamente aguas recogidas en pozos ó charcos, exudaciones de terrenos calizos. 4.º Que en el manantial de Carabaña todo es público y todo el mundo puede comprobarlo y tomar el agua al nacer. El más seguro y eficaz medicamento actual, de uso a domicilio en bebida y lavatorio.

Purgantes, Depurantes, Antidóticos, Antihépticos, Antiesoréuticos y Anti-Riñones.—Declaradas por la Ciencia Médica como reguladoras de las funciones digestivas y regeneradoras de toda economía y organismo. Son el mayor depurativo de la sangre alterada por los humores ó virus en general.

LA SALUD DEL CUERPO INTERIOR Y EXTERIOR

Opinión favorable médica universal, con 80 grandes premios, 10 medallas de oro y 8 diplomas de honor. Se vende en todas las farmacias y droguerías de España y colonias, Europa, América, Asia, África y Oceanía. Depósito general por mayor, E. J. Oñavarri-87, Atocha, 87-Madrid.

## LA FAVORITA

Agua higiénica para lavar el cabello y la barba. La mejor y más barata. No irrita la piel ni produce molestias, según comprueba su análisis. Destina 1.000 pesetas al que demuestra que en su cuarto de baño, existe dicho agua. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, no mancha la piel ni la ropa. Úsese con la mano ó con el cepillo. Precio del frasco, 250 pesetas. Único depósito en España, 28, Matías, Caballero de Gracia, 28 y 29, entresuelo. No vende en las principales perfumerías y peluquerías. REPARTIDAS A PROVINCIAS

7 PESETAS ARROBA de vino superior.

5 PESETAS ARROBA de vinagre de vino tinto ó sea de yema.

7 Y 8 PESETAS DOZENA de botellas de vino rancio superior, propio para enfermos.

SERVICIO DOMICILIO San Martín, 3.—Bodega (Entre la del Arsenal y Monte de Piedad)

## ACADEMIA DE MATEMATICAS Y DIBUJO

Relatores, 4 y 6, bajo

Preparación para las Academias Militares de Ingenieros y Arquitectos. Hay clases especiales para el ingreso en Correos y en el Cuerpo pericial de Contabilidad del Estado.

NOTA: A los alumnos que no consiguen la aprobación ó el ingreso en sus respectivas carreras, presentándose con la venia de los profesores, se les devolverá la mitad de lo que en concepto de honorarios hayan satisfecho por una preparación.

Director, M. Rivera, Licenciado en Ciencias Para entenderse con el Director de 9 á 11 de la mañana y de 5 á 7 de la tarde.

## LAMPARAS FUNEBRES

Para mausoleos, sarcófagos, nichos, panteones y sepulcros. Inmenso surtido; precios baratos. Grandes novedades en este artículo. Antigua y acreditada lampistería de Marina, 12, Plaza de Herradores (esquina á San Felipe Neri).

## LA MEDICINA POPULAR

Tratado práctico de enfermedades clínicas; se vende en la Administración de este periódico, á cinco pesetas ejemplar.

## PAVIMENTOS

Escuel, Fortuny y Compañía

Pisos especiales para azotes, cuadradas, pátios, etc.

PORTLAND 17 pesetas

ALCALA, 18, BOULEVARD MADRID.

## FIANOS

Añador en buenas condiciones. En esta Redacción informarán.—X.

## APARATOS CONTINUOS

Para la fabricación de bebidas gasosas de todas clases, Agua de Sola, Kimmadas, Soda-Water, Vinos espumosos, Gasificación de Carreteras. MEDALLA DE HONOR EN 1873-1875-1883. MEDALLA DE ORO Y GRANDES MEDALLAS EN ORO EN LUGO Y MADRID, 1878. MEDALLA DE HONOR EN LA EXPOSICION DE BRUXELAS, 1876. MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICION DE AMSTERDAM, 1883.

## ACADEMIA PREPARATORIA para carreras del Estado

Este Centro de enseñanza, que en el poco tiempo que lleva de existencia ha alcanzado tan brillante éxito, admite en cualquier época del año alumnos internos y externos que se hallen en el caso de emprender los estudios preparatorios para cualquiera de las carreras del Estado. El Establecimiento dispone de un profesorado idóneo y numeroso encargado de la enseñanza de las asignaturas de su mayor competencia, condición indispensable para el mayor aprovechamiento y solidez de la instrucción. Los que deseen adquirir más detalles é informes, se dirigirán á su Director DON ENRIQUE PRIETO VILLARREAL, calle de María Molina, 10, antigua fonda de Cuevas, en Valladolid.

## VER EL GRAN SURTIDO DE BASTONES

VER—Las Corbatas, VER—El Agua de Colonia, VER—Los bebés y demás géneros DEL BAZAR IBO, SAN BERNARDO, 18

## ENFERMEDADES NERVIOSAS

Todas estas afecciones se alivian y curan con las cápsulas de bromuro de alcanfor, por ser este cuerpo gran sedante y calmante del sistema nervioso. Las enfermedades cerebrales, afecciones del corazón, tos nerviosa, neuritis, desórdenes nerviosos, epilepsia, parálisis agitanes, convulsiones, insomnios, dolores de cabeza, vértigos, delirium tremens, excitaciones de toda clase, etc., encontrarán siempre un buen antídoto. Precio, 4 pesetas.

3—CABALLERO DE GRACIA—3

## OPOSICIONES

para el ingreso en el Cuerpo pericial de Contabilidad del Estado que se compondrá en breve de 8.000 plazas inamovibles con sueldos de 1.600 á 10.000 pesetas. Libro único especial, segunda edición, por el conocido profesor D. José Pérez Gayoso, cuya simple lectura es bastante para brillantes ejercicios en el sistema de Partida Doble que se exige. Ouesta dos pesetas con descuento de 25 por 100, desde 10 ejemplares en casa del autor, calle de Valverde, 15, tercero.

## ¡VIVA LA REPUBLICA!

Novela histórica, original de Vicente Blasco Ibañez. Se suscribe en la Librería Ibérica, San Bernardo, 19. ¡Viva la República! Un real cuaderno semanal. ¡Viva la República!

## CALENTURAS ALARMA CALENTURAS

## EL PALUDISMO

es hoy un azote terrible en muchas provincias. Las calenturas, en sus diferentes tipos cotidianos, tercianas y cuartanas, se hacen rebeldes á todo tratamiento. El doctor Sanchez Cabezedo garantiza la curación de tan pertinaz enfermedad con sus acreditadas y conocidas Píldoras Antipalúdicas.

En una palabra, El Paludismo ha muerto

Pedidos al por mayor. Casas de comisión en Madrid y provincias, y al autor en su farmacia laboratorio, Carriches (Toledo). Precio: 6 pesetas caja; ídem; 3 media caja. En todas las buenas farmacias, venta general.

## LOS GRANDES REMEDIOS

Catarros — tos — ronqueras — bronquitis — tisis. Las «Píldoras Antisépticas» del Dr. Audet curan los catarros crónicos y la tisis pulmonar: calman la tos, quitan los esputos y la fatiga y avivan el apetito, 10 pesetas caja en las boticas.

Para curar las enfermedades de los nervios. Vahidos, hipocóndria, dolor de estómago, de cabeza, mareos, desvanecimientos, flojedad nerviosa, histerismo, debilidad de la vista, ruido de oídos, parálisis, dolores menstruales y demás trastornos nerviosos; curación rápida con «Antinervioso Howard» 4 pesetas caja.

Para curar la impotencia. El importantísimo «Fluido Vital» (5 pesetas), «Gotas Viriles» (6 pesetas), «Glóbulos Vitales» (25 pesetas) y las «Perlas del Serrallos» (40 pesetas), son los únicos remedios bien informados por la razón sana de un pensador ilustre para curar sin riesgo y con la mayor solidez la impotencia, derrames seminales y demás desarreglos genitales por abusos ó vejes. Son tónicos, vigorosos y curan aun cuando se hayan ensayado otros remedios sin resultado positivo.

Otros remedios: noticia breve. Sordera: ruidos por obstrucción del conducto ó catarros, curación con el «Aceite Neuberts» (remedio externo), 4 ptas. Estómago: «Estomacal Maitre» corrige las malas digestiones, haciendo desaparecer la pesadez ó dolor, eructos, gases, vómitos, etc., 4 ptas. Dentición: «Dentición Saint Maris», 3 ptas. Sífilis: «Antisifítico Cowper», 4 ptas. Reumatismo: «Píldoras antirreumáticas» para el febril y agudo, 40 para «Antirreumático Reyser» para el crónico, 4 pesetas. Hérpes: «Antihéptico Glower», 4, ptas. Depositario, M. García Capellanes, 1, dup.—Madrid

## FÁBRICA DE RELOJES

de Carlos Copel.—Fuencarral, mín. 25.—Relojes de todos clases garantizados de 1 á 3 años á precios de fábrica. Catálogo gratis.—Relojes pared con campanas desde 15 ptas.

LUIS CRESPO.—Pedidos al por mayor. Casas de comisión en Madrid y provincias, y al autor en su farmacia laboratorio, Carriches (Toledo). Precio: 6 pesetas caja; ídem; 3 media caja. En todas las buenas farmacias, venta general.

## LA CURACIÓN DE LA TISIS.

Las famosas y afamadas Píldoras Antisépticas del Dr. Audet curan los catarros crónicos y la tisis pulmonar: calman la tos, quitan los esputos y la fatiga y avivan el apetito, 10 pesetas caja en las boticas.

## EMPRESA ANUNCIADORA LOS TIROLESES

RÁPIDAS PROPAGANDAS

ESQUELAS FUNEBRES GRANDES DESCUENTES INSERTÁNDOLAS EN MÁS DE UN PERIÓDICO (Servicio: de SEIS de la mañana á DOCE de la noche.) SE DISPONE DE TODOS LOS SISTEMAS DE ANUNCIOS CONOCIDOS

MUCHA PUBLICIDAD POR POCO DINERO 12 COMBINACIONES ESPECIALES DE LA EMPRESA EN TODOS LOS PERIÓDICOS DE MADRID

200 contratos para anuncios en los CAJONES

ANUNCIOS COMBINADOS EN LOS TEJERES DE LOS PRINCIPALES TEATROS

Contratos con todos los periódicos de Madrid, provincias y extranjero. Reparto á domicilio y en la vía pública, y fijación de cartelería.

—SE TRABAJA CARIFAS, OY SE REMITE GRATIS—

OFICINAS: Barrioviejo, 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 330

CURA DE LA SORDIDEZ

Operación de la Sordidez. Otorrinólogo de la Universidad de Madrid. Dr. M. J. H. NICHOLSON, 4, rue Drono, PARIS. No se trata al extranjero.